

SEÑORITAS PANAMEÑAS



YOUNG LADIES OF PANAMA

LA EPOPEYA



DEL HIERRO

Por ENRIQUE GEENZIER

Evocación

Años fueron de lucha librada entre colosos!
Cuitada entre la sombra la América gemía
bajo el pesado yugo de hierros oprobiosos
con que a su pie el tirano Virrey la retenía.

La Libertad se ahogaba en negros calabozos;
el león encadenado callaba y se lamía;
y llenos de horizontes los ojos luminosos,
un cóndor escrutaba la bóveda sombría.

El cielo encapotado, la tierra ensombrecida,
la Europa indiferente, la América cohibida,
clamor en las mazmorras, sorda la autoridad. . . .

Y sucedió que el ave de fulgurantes ojos
bajó a la tierra un día, y entre torrentes rojos
salvó del antro oscuro la altiva Libertad!

Canal de Panamá

La gloria no es tan sólo del águila pujante
que socavó las rocas con sus garras de acero:
también es de la España del *Sabio Navegante*
y de la Francia altiva, científica y pensante.
Es gloria de las razas y para el mundo entero.

Mirad la obra: en ella,
el lema de mi patria, por vigorosas razas
en la profunda brecha quedó con sangre escrito:
latinos y sajones allí dejaron huella
al desplomarse bajo de las rocosas masas
o heridos por la aguda ponzoña del mosquito.

Mas no a la mente anublen prejuicios infundados.
Ya nadie negar puede que fueron los Cruzados
del Norte de la América los héroes del final.
La garra tinta en sangre de escuálido cordero
hincaron en la roca como punzante acero
hasta dejar abierta la ruta colosal.

Mirad la obra: es ella blasón que simboliza
el triunfo de una raza potente, que armoniza
constancia y poderío y anhelos de vivir;
la raza que con músculos de acero retemplado
no vive contemplando, cual otras, su pasado
sino que va al encuentro de un bello porvenir.

La raza que avarienta de lauros y de hazañas
no espera de otras manos su regeneración,
sino que va adelante, por mares y montañas,
a la conquista hermosa de pródigo filón.

Llegaron a las costas del Istmo un bello día;
a su triunfal presencia la tierra palpitó. . . .
las furias domeñaron de la honda mar bravía,
clavaron sus piquetas en la alta cerranía
y ante el gallardo empuje la cima se inclinó.

Con voz de trueno entonces cantaron la Epopeya
del Hierro, que es riqueza si forma un azadón;
y del sonoro yunque surgió una nueva estrella,
la más fulgente y blanca que en el azul destella
del constelado cielo del mundo de Colón!

El teodolito al frente, la mira allá a lo lejos,
la cantimplora al cinto, del sol a los reflejos
cruzaron por la espesa maraña tropical.
Ni el fuego del verano, ni el lodo, ni las lluvias
la planta detuvieron de aquellas gentes rubias
que junto al yunque cantan el himno del metal.

Les vieron cien naciones frente a la roca dura
clavando sus piquetas con tesonero afán;
y acaso se sonrieron con cáustica amargura,
pensando que era sólo un gesto de locura
el noble gesto olimpico del último Titán.

En ardua lucha magna los sorprendió la aurora;
la noche con su sombra los sorprendió también
junto al ardido vientre de la locomotora,
al borde horripilante de sima aterradora
o en la erizada punta de un largo terraplén.

Los caudalosos ríos, que en marcha hacia sus bocas
las selvas arrasaban con furia de Luzbel,
bajo el tremendo filo de las cortantes rocas
su curso retorcieron, como serpientes locas
heridas por el casco de intrépido corcel.

Con formidable estruendo de secas ramazones
encinas milenarias doblaron la cerviz;
al golpe de las hachas rodaron a montones
las palmas orgullosas, los frescos marañones
que sombra y fruto daban a la heredad feliz.

Sólo quedó del bosque, después del golpe rudo,
inmensa franja estéril de donde el ave huyó,
mas luego, sobre el vientre del suelo ya desnudo,
la férrea excavadora clavó su pico agudo
que como hambriento buitre la entraña desgarró.

Y al fin de tanta lucha y esfuerzo noble y tanto,
las aguas de dos mares, como un bautismo santo
regaron la ancha brecha en plácido subir,
mientras que en la alta roca de inaccesible monte
con las pupilas fijas allá en el horizonte
el Águila del Norte sondeaba el porvenir!

—o—
¡Oh, pueblos de la América, venid a ver la ruta!
el triunfo ha sido digno del hércules sajón
que el freno de dos mares con ella se disputa
para mandar un mundo o eternizar su unión.

En vez de aquellos bosques cuajados de verdura,
en vez de aquellas cimas de ardiente entraña dura
y aquellos hondos ríos de rápido correr,
veréis azules lagos, graníticas rompientes,
exclusas gigantesas, pirámides y puentes
que el genio sintetizan de olímpico poder.

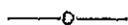
Veréis entre los largos paréntesis que fingen
los flancos de la ruta del uno al otro mar,
el pabellón de China, de Rusia o de Inglaterra;
veréis todas las razas que vagan por la tierra
la paz de las naciones gozosas proclamar.

Veréis allí cruzarse, en busca de oro y fama,
el ruso de Siberia y el fiero patagón;
el indio de los Andes y el sucesor de Brahma;
el español intrépido y el pálido nipón.

Oiréis de muchas lenguas el rudo vocerío
que sucedió a la altiva soberbia de Babel;
y al bifurcar las aguas el rápido navío,
olvidaréis en brazos de ardiente desvarío
que sobre el Ande cruza la quilla del bajel!

Bendeciréis entonces la tierra protectora
que en un supremo rapto de angustia abrumadora
rasgó su hermosa entraña con gesto maternal;
y por borrar con ellos pasadas opiniones,
daréis al manso viento los épicos pendones
de vuestros trasatlánticos frente a su Capital.

Y lloraréis, acaso, de angustia y desconsuelo
al evocar la triste ruindad de vuestro suelo
manchado con la sangre de bárbaro festín;
el suelo en cuyos surcos, en vez del útil grano,
echásteis la cabeza de vuestro propio hermano
para baldón del mundo y orgullo de Cain!



Mirad la obra: es ella ejemplo el más hermoso
que ofrece a vuestros ojos el pueblo laborioso
cuyos hercúleos brazos no saben de fatigas;
el pueblo que ante el ara del progreso latente
entona la epopeya de la fragua candente
y el himno dulce y blando de las áureas espigas.

El pueblo progresista en cuyo seno impera
el tráfago incesante de las locomotoras;
que rinde culto al hierro, porque del hierro espera
la fuerza que ha de darle prestigio a todas horas.

El triunfo es de ese pueblo: bandada de condores
que azotan el abismo con sus potentes alas;
que llevan en los ojos un haz de resplandores
y en el garboso cuello el símbolo de Palas.

¡Oh, pueblos de la América, que vejetáis humidos
en la polvosa senda del épico pasado:
alzad la altiva frente, y audaces y atrevidos,
en vez de lamentaros con llantos doloridos
ceñid el duro yelmo del ínclito Cruzado!

Haced que alumbre y vibre el sol a cuyos lampos
revienten las espigas que segará la hoz;
talad con vuestras picas los nemorosos campos
donde el maíz florezca, la caña y el arroz.

La tierra humedecida con la sangre sagrada
que ha tiempo derramásteis por vuestra libertad,
herida por el filo cortante de la azada
ofrecerá su vientre a la semilla alada
que cantará los triunfos de la fecundidad!

La lucha no es de razas! El lauro de la gloria
será de los potentes en músculos e ideas;
de los que en grano truequen la despreciada escoria
y el porvenir alumbren con fulgorosas teas!

¡Oh, pueblos belicosos, que en lúbricas rapiñas
gastáis vuestra pujanza sin meditar el fin:
no más reguéis con sangre los valles y campiñas!
¡Las águilas del norte ya huelen el festín!

No más como hasta ahora, de Marte junto al ara
sigáis en fervorosa brutal adoración,
¡Del suelo ensangrentado os echará la vara
que entre su diestra blande la Civilización!

Mas si seguís luchando por vuestra propia ruina
ardidos por la fiebre del ánimo pueril,
¡sabed, pueblos hermanos, que avanza y se avecina
el día en que arrojados de América Latina
evocaréis, llorando, la pena de Boabdil!



GOBERNADORES DE LA ZONA DEL CANAL

